

TRADUCCIÓN

VOCES DE PRIMAVERA

WANG MENG

WANG MENG NACIÓ EN 1934 y pasó su infancia y adolescencia en Beijing. Desde muy joven mostró sus aptitudes literarias y en 1955 publicó un cuento, *Frijolito*, en la revista *Literatura Popular*. En 1957, su novela *Viva la juventud*, en la cual describe la vida de los estudiantes de secundaria, fue publicada parcialmente en el diario de Shanghai *Wenhui Bao*. Sin embargo, fue un cuento largo publicado en septiembre de 1956 en *Literatura Popular* el que lo hizo famoso. Este cuento provocó una de las mayores controversias político-literarias de China y participaron en ella tanto autores y críticos famosos, como lectores humildes que volcaron sus opiniones en miles de cartas. El cuento se llama *Un joven recién llegado al departamento de organización*, y habla de las tribulaciones de un joven comunista que entra a trabajar en un organismo del Partido y se da cuenta de que las cosas no andan tan bien como debieran. La polémica duró varios meses y fue alimentada por la consigna de Mao: "En las artes que florezcan las cien flores", que durante casi un año liberalizó la expresión literaria. Sin embargo, cuando en junio de 1957 se inicia la campaña antiderechista, es obvio que un cuento así no podía ser aceptado.

Poco después, Wang Meng fue enviado a Xinjiang (el Turquestán chino) para ser "reeducado por las masas". En 1977, después de veinte años, volvió a ser mencionado y a viajar a Beijing, en donde finalmente se le ha permitido residir. A partir de 1979 ha publicado constantemente. Su novela *Viva la juventud* apareció finalmente, así como obras más recientes que son en su mayoría colecciones de cuentos y de ensayos: *Lluvia de invierno*, *El lago profundo*, *Cuando tomas la pluma*, *Ensayos y relatos selectos*, etcétera.

Actualmente Wang Meng es secretario de la Asociación de Escritores de China, vicepresidente de la sección Beijing de la Asociación de Escritores, miembro del consejo de redacción de

la revista *Renmin Wenxue* (Literatura Popular) y subjefe de redacción de la revista *Beijing Wenxue* (Literatura de Beijing). Ha participado activamente en reuniones y congresos, como el muy importante 4o. Congreso de Escritores y Artistas, que se celebró en Beijing en 1979 y en el cual se definieron, no sin grandes controversias, políticas literarias y artísticas.

Wang Meng es miembro del Partido Comunista y no abriga dudas sobre la excelencia del socialismo. Sin embargo, el compromiso con la verdad, que le valió largos años de exilio, y el convencimiento de que señalar las cosas que no son perfectas ayuda a cambiarlas, siguen presentes en su obra actual. Cuando habla de sus experiencias en Xinjiang, lugar lejano y ajeno, de cultura diferente, Wang Meng no se expresa con amargura. Entre los uigures, aprendió a hablar su lengua y a conocer su cultura. Trabajó con ellos, enseñó, tradujo, convivió. Como dice en un artículo recientemente publicado en el *Diario de la Juventud*: "En 1956 y 57, por una fama que me cayó sorpresivamente, me quedé encantado y casi no podía estar un momento tranquilo para tener contacto con los demás o hacer otro trabajo a excepción de dedicarme a la literatura. Más tarde, como todos saben, sufrí un golpe tremendo. . . A pesar de eso, como lo expresé en varias ocasiones, lo que he logrado es más de lo que he perdido. . . En el campo, en los bosques, en los sitios de construcción y a las orillas de los ríos, cuando estaba junto a miles y miles de trabajadores de diversas nacionalidades, aprendí a pisar tierra firme, a reflexionar y decidir según el estado, la voluntad y la necesidad del pueblo, la única fuerza motriz que ha creado la historia universal".

El amor de Wang Meng por "el pueblo", por la gente en general, se manifiesta en cada uno de sus cuentos. Por ellos desfilan seres humanos verdaderos y el autor los ve con todos sus defectos, sus pequeñeces y sus debilidades, pero nunca sin simpatía y sin comprensión. Precisamente por la naturalidad de los ambientes, las situaciones y las personas que presenta Wang Meng nos convence de que el mundo que describe es real y es posible de entender, aun para los que vivimos en ambientes muy diferentes.

FLORA BOTTON BEJA

Voces de Primavera*

LA NOCHE LLEGÓ DANDO UN portazo. En la pared de enfrente apareció un cuadrado de luz de luna, pálido y amarillento. Yue Zhifeng se puso tenso, pero poco a poco se fue relajando. Los vagones se bamboleaban meciendo suavemente a los viajeros. ¡Qué dulce la cuna de la infancia! En verano, un grupo de chiquillos, desnudos tras dejar sus ropas bajo los enormes sauces, se lanzaba al agua fresca y transparente del riachuelo en su pueblo natal. De un clavado se deslizaban por el agua más de diez metros. Quién sabe por dónde asomaría alguno la cabeza. Quién sabe cuántos renacuajos tragarían en medio de aquel barullo. Con los ojos cerrados y profundamente dormidos sobre las pequeñas ondas en las que brillaban los rayos del sol y se reflejaba la sombra de los árboles, ¿no se tenía la misma sensación de mecerse muy suavemente, como ahora dentro del vagón? La infancia y el pueblo natal que se han perdido y aún no se han perdido, ¿me culparán?, ¿me acogerán? ¡La tumba de mi madre, y mi padre que se acerca cada vez más a la tumba!

El cuadrado de luz de luna se mueve, desaparece y renace de nuevo. Por la única ventanilla rectangular entra un haz de rayos. ¿Son los últimos rayos del sol o es la luz de los faroles del andén? ¿Por qué están bien cubiertas las otras tres ventanillas? Parece que la plena oscuridad trata de mostrar el paso repentino de la tarde a la noche profunda. Cerrada la puerta de un portazo, se excluye de pronto el mundo exterior. Aquel ruido, cada vez más intenso, ¿es acaso la caída del granizo? ¿O es el martillo de hierro golpeando el yunque? En el campo de la meseta de loess se ve por todas partes a herreros golpeando con el martillo y forjando el hierro. ¡Qué músculos tan fuertes tienen los brazos de nuestra patria! ¡Ah, claro!, aquel ruido no es más que el estruendo que producen las ruedas al golpear encima de los rieles, estruendo que proviene de la hendedura entre una sección de riel y otra. ¿No está en boga actualmente una canción de melodía ligera y dulce? ¿Cómo se titula? ¡Ah, sí!, se llama "La fuente tintinea". Y si el tren también tintinea-

* Publicado en *Renmin Wenxue* (Literatura Popular), No. 5, 1980.

ra. . . Los cantoneses realmente saben gozar de la vida, muy por el contrario de los de la meseta noroeste, quienes siempre tienen el rostro y los cristales de las ventanas cubiertos de una gruesa capa de polvo. Los cantoneses suelen colgar muchos, muchísimos triángulos de porcelana debajo de los toldos donde toman el fresco. Estos triángulos, al ser acariciados por la fresca brisa, suenan con un tintineo muy claro, refrescando el alma de la gente. La *musique concrète* de Estados Unidos enloquece. ¿Quién sabe qué sintió Kissinger al escuchar las arias de Yang Ziron? En la Ópera de Beijing los tambores y gongs también producen estruendo. ¿Es siempre desagradable el estruendo? No, a veces es todo lo contrario. Al iniciar el tren los primeros movimientos, lo que lleva el ruido de las ruedas hasta los viajeros es el estímulo y la esperanza. En la siguiente estación, o en la que sigue a la siguiente, o en la que sigue a una de las muchísimas estaciones venideras, allí será donde la vida que tú vienes buscando, madre o niños, esposa o amigo, un baño caliente o una abundante comida, te estará esperando. Todos se encuentran en el camino de regreso a casa para pasar el Año Nuevo lunar, la Fiesta de la Primavera, fiesta predilecta y tradicional de nuestra antigua nación. Gracias al cielo, todo el pueblo puede festejar ahora un feliz Año Nuevo. Nunca más se volverá a anular dicha fiesta en nombre de la llamada "revolucionización".

Fue verdaderamente interesante. De regreso en Beijing, después de permanecer tres meses en el extranjero en una visita de índole académica, y luego de hospedarse algún tiempo en los excelentes hoteles de Beijing, donde tuvo que realizar una serie de actividades tales como elaborar un informe sobre la visita, dar parte a los superiores y ofrecer entrevistas y conferencias, Yue Zhifeng recibió una carta de su padre, que tenía más de ochenta años, y a quien acababan de quitar la "etiqueta" de terrateniente. Decidió regresar a su pueblo natal del que había partido hacía más de veinte años. ¿Sería esto un error? No había pensado nunca en ir de viaje en un furgón durante dos horas y cuarenta y siete minutos. Hacía sólo tres horas viajaba todavía desde Beijing en un espacioso y confortable Trident rumbo a la ciudad X. Dos meses atrás, viajaba en

un barco con destino a Hamburgo a lo largo del río Elba. Y ahora se encontraba aquí, apretadísimo entre los viajeros cansados por el largo trayecto, viajeros de cuya faz no se pueden distinguir los rasgos debido a la oscuridad, apretados todos como sardinas en una lata. No puede saber siquiera en qué dirección se está moviendo el tren. Ante su mirada, no hay nada más que unas lucecitas como de luna que vuelan a gran velocidad. ¿Marcha el tren en la misma dirección que las lucecitas, o en dirección contraria? Esta pregunta, tan fácil incluso para un alumno de primaria y que nada tiene que ver con la óptica geométrica, le costó un gran esfuerzo mental a un ingeniero físico tan destacado como él.

No había regresado a su pueblo natal desde hacía más de veinte años. ¿Qué culpa tenía él de haber nacido por error en el seno de una familia de terratenientes? ¡Terrateniente, terrateniente! En 1956, volvió una vez a su tierra natal. Una vez había bastado para sufrir después la soledad —la estancia de cuatro días allí trajo como consecuencia autocriticarse por ese error durante veintidós años. Y una cita de un gran personaje sería estudiada y puesta en práctica durante cien años. Se sintió confundido. ¿Acaso uno nace para hacer autocrítica y seguir haciéndola hasta la muerte? ¿Que bueno que todo eso haya terminado para siempre! La línea de montaje de la fábrica de automóviles Mercedes Benz, en Stuttgart, se encuentra en constante funcionamiento. Allí los talleres son immaculados, resplandecientes, con muy poco estruendo. Siemens es una empresa de gran envergadura, con una historia de ciento treinta años. Nosotros apenas hemos dado el primer paso. Alcánzala, alcánzala, a pesar de todas las dificultades. Mu, mu, mu, marcha de prisa, marcha de prisa, de prisa, de prisa, prisa, prisa; el ruido de los rieles pasaba de un ritmo bajo y profundo de tres golpes por barra a dos por barra, hasta culminar en un clamor fuerte y resonante. El tren de carga aumentaba cada vez más la velocidad. Y mucho más veloz aún el Trident allá, volando en el cielo.

Entre el polvo y el humo de cigarrillos emergía un acre olor a pipa, como si alguien estuviera clavando agujas de acupuntura en la tráquea y el pulmón. La aguja "flor de ciruela" tal vez

había penetrado en un lóbulo del pulmón. El olor del sudor era mucho más suave. Y la densidad de un dialecto, que se mide entre el humo de tabaco y el olor del sudor, hace que el idioma sea tan irritante como cariñoso. ¡Mmm, huele a calabaza! ¿Quién está comiendo calabaza? Allá en la plaza, delante de la estación ferroviaria de la ciudad X, no se veía a ningún vendedor de calabaza cocida. Pero sí se vendían toda clase de bocadillos, refrigerios y productos autóctonos: cacahuates, nueces, semillas de girasol, caquis secos, dátiles envinados, tortitas de frijol verde, papas, habas de ricino. . . en fin, había de todo. Luego, como con el truco de un mago, que alza un pedazo de tela roja primero, y apunta dos veces con el dedo a la izquierda después, desaparecieron todas esas cosas. Escaseaban incluso los cerillos, las pilas y el jabón. Pero ahora todo reaparece como si fuera sacado merced al mismo juego de manos. Si tú estiras la mano una y otra vez, quizás podrás coger muchas otras riquezas. Los caquis secos y los dátiles son productos naturales muy simples, y, sin embargo, su dulzura penetra hasta el corazón. Yue Zhifeng mordió un caqui seco que había comprado antes de subir al tren, paladeándolo con delicia al masticarlo. Es cierto que el sabor picante produce una sensación inmediata, mientras que lo dulce siempre se halla muy, muy profundamente escondido. Uno tiene que ser paciente, sincero, experimentado, sensible. Yue Zhifeng, a través del olor acre del tabaco y el del sudor caliente, logró aspirar el aroma del frijol verde que traían de su pueblo natal. Los brotes de frijol verde son tiernos, y lo son también los conejos. Pero los conejos salvajes suelen destrozar los frijoles verdes. Para cazar un conejo salvaje el pequeño Zhuzi y él corrieron persiguiéndolo kilómetro y medio sin tomar aliento. Corrieron tan rápido que los árboles a lo largo de los diques del campo parecían inclinarse de un lado a otro. En una noche de luna a mediados de otoño, vio con sus propios ojos un zorro plateado pasando silencioso por el camino, como si fuera un hada, un sueño.

El ruido del tren fue disminuyendo poco a poco, hasta cesar por completo. Las voces de los viajeros crecían, convirtiéndose en un tremendo alboroto. La puerta del vagón chirrió al abrirse

de golpe y una camarera, alta y robusta, empezó a dirigir el ascenso y descenso de los viajeros hablando en el dialecto de su pueblo natal. "Ya no hay espacio, ya no hay espacio. ¡Váyanse a otro vagón!". Este grito puramente egoísta, lanzado por los que habían conseguido ya un lugar en el vagón, resultó inútil. Los viajeros subían en tropel, cual enjambre bullicioso. Este fenómeno se ve en todas partes. En comparación con nuestra calle Wangfujing, uno llega a decir que las calles de Hamburgo son casi un desierto, una ciudad cuya población sigue reduciéndose aún más. Yue Zhifeng se llevó un susto al arribar del aeropuerto a la estación ferroviaria de la ciudad X —un montón de cabezas de pelo negro, que parecían cubrir todo en derredor: la nieve blanca deja de ser blanca y el acebo deja de ser verde—. ¿Qué ocurrió allá? No había tanta gente incluso al iniciarse el movimiento estudiantil en 1946, cuando los estudiantes se concentraron en la plaza de la estación con el fin de parar los trenes que marchaban rumbo a Nanjing, lugar donde iban a presentar sus reivindicaciones. Yue Zhifeng había estudiado en una universidad de Beijing. En cierta ocasión fue a dar un breve paseo por el Museo del Palacio Imperial. Eran las cuatro de la tarde, no había un solo visitante. El ambiente lóbrego del gran palacio le causó un temblor que llegó hasta la misma columna vertebral. Se alejó a largos pasos y sólo cuando subió a un trolebús lleno de pasajeros, pudo calmarse un poco. De haber permanecido ahí un instante más, la princesa Zhen hubiera resucitado, hubiera trepado por el pozo y lo hubiera llevado dentro, junto con ella.

Pero en ese momento largas colas se alineaban en espera de la venta de boletos a las puertas sur y norte del Palacio Imperial. Y no era domingo. Daba una especie de vahído ver la caravana de pasajeros que aguardaba el tren en la estación de la ciudad X. Pareciera que la mitad de la población china deseaba viajar en vísperas de la Fiesta de la Primavera. Reuniones, fiestas y reencuentros tenían lugar en todas partes, fiestas con ravioles, fiestas con bolitas de arroz glutinoso con relleno de dulce para los viejos amigos que vienen de lejos o para los amigos que están por despedirse, por el regocijo de la reunión familiar o por la búsqueda de recuerdos del suelo natal y la

infancia. Se vendían empanadas recién cocidas al vapor, y el blanco edredón acolchado que cubría las empanadas estaba manchado de grasa. Se vendían bollos cubiertos de ajonjolí, ravioles fritos, churros y panqués. Se vendían cajas enteras de pasteles. Se vendían pan y galletas. La compañía abastecedora de alimentos, junto con la estación ferroviaria de la ciudad X, había puesto todos sus recursos al servicio de este mercado al aire libre. Uno tenía que empujar y sudar para comprar un par de esos bollos de ajonjolí. Yue Zhifeng, como los demás, estaba empapado en sudor. Después de hartarse de cualquier cosa (el drástico cambio de condiciones tanto materiales como circunstanciales le había hecho insensible al hambre o a la abundancia), compró un boleto de tren para recorrer la corta distancia que lo separaba todavía de su pueblo natal. Quedó sorprendido al recibir cambio: el precio impreso en el boleto era de un yuan y veinte centavos; entonces, ¿por qué le cobraron solamente sesenta centavos? ¿Es que no había dicho claro el nombre de la estación donde se bajaría? Pensaba preguntar esto, mas no pudo, pues la persona que venía atrás en la cola había ocupado ya la posición favorable cerca de la taquilla y no le permitió regresar adonde estaba.

Miraba un poco aturrido el boleto en la mano. Allí estaba el precio, 1.20 yuan, impreso en letras negras, pero cruzadas por dos grandes caracteres en doble línea de puntos que ocupaban casi toda la superficie del boleto: SESENTA CENTAVOS. Todo eso lo dejó inconcebiblemente perplejo, como si estuviera frente a una clave biológica. "¿Qué pasó? ¿Por qué me dio ella un boleto de sesenta centavos si yo le decía que quería uno de un yuan y veinte centavos?", se preguntó. Interrogó a otros, y nadie le contestó. Los pasajeros que estaban esperando algún tren eran, en su mayoría, egoístas a quienes podría excusarse debido a lo ocupados que se encontraban en sus propios quehaceres.

En su mente chocaban entre sí toda suerte de mensajes. Un montón de gente de pelo negro. El edredón acolchado manchado de grasa que cubría las empanadas todavía calientes y vaporosas. El periódico mural pegado en la pared de la sala de espera: informaciones acerca de los servicios adicionales de

viaje durante el período de la Fiesta de la Primavera, y el horario de los servicios temporales adicionales. La larga cola de gente frente a los sanitarios para hombres y para mujeres respectivamente, esperando el turno de orinar. Los caracteres SESENTA CENTAVOS en doble línea de puntos. Los paquetes grandes y pequeños, las cestas grandes y pequeñas, y las grandes y pequeñas bolsas. . . Llegó a la conclusión de que la última parte de su viaje sería bastante difícil. Estaba ideológicamente preparado. Finalmente, cuando oyó la conversación de los viajeros sobre el furgón, de súbito comprendió claramente. Después de todo, el cerebro humano es mucho más inteligente que el cerebro electrónico.

Se sintió un poco deprimido al subir al vagón. En vísperas de la primera Fiesta de la Primavera de los años ochenta del siglo XX, gentes que pasan día y noche imbuidas del fuerte deseo de realizar las cuatro modernizaciones, se ven ahora obligadas a viajar en este tipo de vagones de los tiempos de Watt y Stephenson. Esa es la realidad. La realidad es como el universo, como el globo, como la montaña Hua y el río Amarillo, como agua y tierra, hidrógeno y oxígeno, titanio y uranio. No es tan suave y tierna como la imaginación, ni tampoco tan fría y cruel como se la imagina. Mira no más, el furgón estaba atestadísimo, y seguían subiendo viajeros de dos en dos, de diez en diez, de veinte en veinte, tratando de abrirse paso por entre la hendedura humana, espacio tan mínimo como entre una molécula y otra, entre un átomo y otro. Era increíble el hecho de que se hubiera incorporado tanta gente al vagón ya llenísimo. No obstante, nadie se quejaba.

Alguien protestó diciendo: "¡Esta caja no puede soportar más peso!". Una mujer, con un pañuelo en la cabeza y un bebé en los brazos, trataba de ver si podía sentarse sobre la caja. "Ven acá, ven acá", dijo Yue Zhifeng levantándose en seguida, y dejando el lugar lateral que había ocupado, se movió un poco más allá, a un lado. Aquel puesto, donde no podía más que apoyarse contra el vagón, era un excelentísimo "lugar de primera". La mujer se sintió algo acongojada. Pero al fin se trasladó hacia allá junto con su nene, esforzándose sobremedida por no pisotear a los demás. "¡Muchísimas gracias!", dijo la

mujer con un puro acento de Beijing. Y levantó la cabeza, que inspiró a Yue Zhifeng un dibujo al carbón, cuyo título sería "La sonrisa".

Sonó el timbre tintineando. La puerta de hierro volvió a cerrarse de un portazo. La noche parecía tornarse más profunda. El crepúsculo fuera del tren se hacía cada vez más opaco. Aquella camarera alta y robusta encendió una vela blanca y la puso dentro de una lámpara de vidrio. ¿Por qué no usar un candil de queroseno? Tal vez temían que el queroseno salpicara con el bamboleo del tren. La iluminación de un vagón tan grande como éste no dependía más que de esta vela encendida, cuya débil luz convertía a los viajeros en sombras individuales. De nuevo el tren empezó a bambolearse. Las lucecitas cuadradas que aparecían en la pared de enfrente del vagón volvieron a moverse a gran velocidad. Cada minuto se acercaba más a su pueblo natal. Su padre, ya sin la "etiqueta", y con su hijo de regreso, en su presencia, podría tal vez descansar en paz tranquilamente. Tanto sus crímenes como su penitencia, tanto sus lágrimas como su gratitud, tanto su perversidad como su bondad, todo eso desaparecería como una neblina luego de su fallecimiento. Los de la vieja generación se van uno tras otro a la orilla opuesta del río. Dong, dong, dong, deng, deng, deng, peng, peng, peng, ¿están pasando por el puente? Ah, pues sí, se trata del puente entre el pasado y el futuro, entre China y el extranjero, la ciudad y el campo, esta ribera y la opuesta. La vela que se encontraba cerca de la camarera parecía imprimir a su rostro un claro contraste entre el vivo resplandor y la sombra. La camarera semejava la estatua de una diosa de cuerpo entero. "Camaradas viajeros, en el período de la Fiesta de la Primavera los trenes de pasajeros van de bote en bote. Los vagones regulares han sido destinados a los viajes largos... Aumenten la vigilancia...", dijo con tono muy enérgico, soltando cada palabra como si estuviera apretando un tornillo. Tenía un aire de suma confianza en sí misma y una habilidad para dirigir con toda tranquilidad. A pesar de su poca edad y la débil luz de vela con que se alumbraba, tenía bajo sus órdenes a todo un vagón de viajeros terriblemente desordenados y revoltosos. Con todo, su voz también se ahogó entre el alboroto de

hong, hong, hong, weng, weng, long, long, long, un alboroto de todos los diablos.

Mercados libres. Grandes almacenes. Relojes electrónicos de cuarzo de Hong Kong. La ópera de Honán *Juan Xi Tong*. Bollos cocidos a vapor con sopa de carnero. Tortas de arroz fermentado. Zapatos hechos con tres pedazos de cuero. Sombreros en forma de azulejos de tres lados. Cuotas de rendimiento asignadas a cada equipo de producción. La compra de cebollines por el Estado. La curación del cáncer a través de tratamiento de la medicina tradicional china. Elecciones. Fiestas de boda. . . En medio de aquel animado cotorreo, Yue Zhifeng cambiaba el peso de su cuerpo de una pierna a la otra: de la izquierda a la derecha, y viceversa. Afortunadamente una persona tiene dos piernas. De no ser así, sería realmente insoportable estar de pie sin apoyo alguno entre aquel denso apiñamiento de gentes y cosas. "Espacio donde no se puede clavar nada más que un punzón": Yue Zhifeng adquirió en este momento una comprensión vivida de este refrán. ¿Era posible que en tiempos remotos hubiera trenes tan atestados, sin luz ni asientos? Él había cedido su "asiento" a una camarada. No, no había asientos, únicamente sitios. No había pensado que la mujer hablara con un acento beijinés tan perfecto, lo cual le hizo entusiasmarse un poco. "Gracias", "Discúlpeme", son expresiones de cortesía que se usan diariamente en los países extranjeros. De pronto sintió que un saco compacto lleno de maquinaria presionaba su pantorrilla. Y alguien que estaba sentado en el piso se inclinaba hasta apoyar la espalda contra su pierna izquierda desgraciadamente ya entumecida.

Era totalmente inconcebible. No sólo cuando contemplaba la representación en un teatro de Munich, sino incluso en Beijing, en el instituto de investigación, en el ministerio y en los hoteles, en su recámara de veintitrés metros cuadrados o en los autobuses Nos. 103 y 332, nunca había imaginado que la gente aún viajara en furgones. ¿No son los que se utilizan para transportar mercancías o animales? ¡Maldita sea! ¿Pues qué? No es nada difícil proferir una maldición. Injuriar los vagones de este tipo cuesta menos trabajo y trae más oportunidad de lucirse que construir un tren de viajeros nuevo, bonito, cómo-

do. La saliva de la gente que no tiene nada que hacer y que no deja de quejarse ni un minuto está anegando los grandes esfuerzos de los que se entregan enteramente a su trabajo y toleran toda clase de humillaciones para sobrellevar las pesadas cargas. La gente, adoptando a veces un tono alto, y a veces un tono bajo, va azotando y reemplazando firme e indomablemente aquellas labores que continúan una tras otra, de día en día, de año en año.

—¡Qué inmoral que nos hayan metido en un vagón como éste!

—Pues acomódate lo mejor posible. ¡Antes ni había ferrocarriles!

—El traslado de soldados siempre se hace en este tipo de vagones. De otra manera, serían descubiertos.

—¡Cómo sufriría quien tuviera diarrea! En estos vagones no hay sanitarios.

—Pero nadie se ha cagado en los pantalones por no haberse podido aguantar.

—¿Qué se podría hacer? En cada Fiesta de la Primavera, más de cien millones de gentes viajan en tren. . .

Yue Zhifeng se calmó al escuchar la conversación en la oscuridad. Sí, es verdad que aquí antes no había ferrocarril, no había carreteras, ni siquiera una sola pista para las bicicletas. Los ricos iban montados en burro, en tanto que los pobres iban a pie. Campesinos cargados de mil quinientos huevos tenían que partir de casa antes de la madrugada, y después de atravesar innumerables colinas y valles, llegaban a la ciudad X al atardecer. ¡Oh, tierra querida mía, hermosa, pero árida! Ya es tiempo de que vuelvas fértil. Los recuerdos del pasado se van evaporando como humo o niebla; no obstante, no ha sido posible olvidarlos por completo. Historia, historia; realidad, realidad; ideales, ideales; mu— mu— guanchi— guanchi— clang— clang. . . La carretera a lo largo del río Rhin. Las uvas que crecen por encima de las pendientes. El torrente verde oscuro de los ríos. Todo girando a gran velocidad.

¿No son estos niños de Francfort? Niños y niñas, con ojos amarillos o azules, persiguiendo, correteando, saltando y lanzando gritos de alegría. Los que están dando de comer a los

pajaritos, los que llevan ramos de flores, los que tocan cornetas, los que alzan banderas. La voz jubilosa de la vida. Los gritos amistosos y conmovedores. Las violetas y los azules nomeolvides.

No, eso no es Francfort. Es el suelo natal en la meseta noroeste. Una enorme lila blanca florece por encima de las tejas grises. Como nieve, como jade, como espumas que salpican volando. Separando una verde, verde hoja de sauce, enrollándola como tubo pequeño, alzando la cabeza para mirar el cielo azul y las nubes blancas. Tocando un silbato agudo, echando a volar un par de orioles asustados. Llevando una pequeña cesta en el brazo, siguiendo a la hermana mayor para ir a recoger plantas silvestres. Tirando piedrecillas, persiguiendo conejos salvajes, recogiendo huevos de codorniz moteados. Cada cachorro, cada garito, cada ternero y pollino están divirtiéndose. Cada hoja de hierba está bailando.

No, eso no es la meseta noroeste. Es la ciudad de Beijing antes de la Liberación. El comité estudiantil que pertenecía al departamento de labores urbanas en el Buró del Norte de China (departamento dirigido por el camarada Liu Ren) organizó una gran fiesta para los estudiantes provenientes de Beijing y Tianjing. Una velada con hoguera en el campamento. "El sol se pone detrás de la montaña y vuelve a salir mañana, como siempre. . . Mas mi juventud, al igual que un pajarillo que se aleja, nunca regresará". "¿Quién va a labrar la tierra virgen de la montaña? ¿Quién va a plantar flores en la tierra?". Una y otra canción agitaban el corazón de los jóvenes. Finalmente, las canciones se aglomeraron en un sonido desafiante que hizo temblar de terror a los espías del Guomindang: "La unión hace la fuerza. . . ¡Muera toda clase de regímenes antidemocráticos!". La fe y la felicidad no se podrán separar nunca.

No, eso no es el Beijing del pasado. Es la capital liberada donde flamean las banderas rojas de cinco estrellas. Es el primer amor juvenil. Es la primera brisa que abrió la puerta de su corazón. Acababa de pasar la Fiesta de la Primavera, cuando advirtió súbitamente que el viento ya no era tan frío ni tan intenso. El viento de febrero trae la esperanza del tiempo

templado y asimismo el mensaje de la primavera temprana. Se fue a Beihai; allí el hielo todavía no se había derretido. Ni había turistas. Se quitó la gorra y desabrochó el botón superior de su chaqueta. ¿Es aún invierno? Lo es, desde luego. Sin embargo, es el invierno ligado ya a la primavera, ligado por un puente entre el invierno y la primavera. El viento es una prueba, ha dejado de ser frío y se vuelve cada vez más tenue, tan tenue que al acariciarte te sientes fascinado, maravillosamente embriagado. Acogió y soportó el viento de "primavera", cuya frialdad sentían todavía los demás, pero que a él le hizo, en cambio, saltar de alegría y decir con ternura el nombre de la muchacha a quien amaba calladamente.

Entonces...aquello..., ¿qué es aquello entonces? ¿Un pez dorado o una caracola de agua dulce? ¿Una castaña de agua o una fresa? ¿Una gallina Lu Hua incubando sus huevos? ¿Un manantial en la montaña, una vaina de olmo, brotes de trigo que se han tornado verdes o un par de golondrinas? Se tranquilizó. Ciertamente, es la primavera, es la vida, es la juventud. Nuestra vida, el corazón de cada uno de nosotros, Orión y Casiopea, cada núcleo atómico, cada protón, neutrón y mesón, ¿no contiene todo eso la vitalidad y las voces de la primavera?

Se tranquilizó y se frotó los ojos. Sí, están cantando los niños de Francfort, en alemán, claro está. Al lado de un jubiloso coro infantil se oye una voz femenina, persistente y ronca, que lo acompaña.

Se tranquilizó de nuevo y volvió a frotarse los ojos. Sí, también se encuentra en el furgón que va de la ciudad X al distrito N. A través de la oscuridad y el alboroto oyó un coro infantil cantando en alemán, acompañado por una voz femenina, ronca, inexperimentada y bastante forzada.

¿Qué? Una grabadora. ¡Escuchar una grabación en tal lugar! Una canción seguida de otra, y luego, una canción de adultos. Terminan las tres canciones, se oye el sonido del botón que regresa la cinta y se reanudan las mismas tres canciones. Vuelve a oírse la voz persistente, ronca e inexperimentada. El volumen de ésta cubre todo el tumulto.

El tren lanzó un largo silbido. El cuadrado de luz se movía en la pared de enfrente cada vez con mayor lentitud, en tanto que

su luminosidad aumentaba. En la penumbra los viajeros, cuyas sombras se proyectaban de modo individual, iban apareciendo poco a poco en formas y perfiles tridimensionales. El tren dio una fuerte sacudida, y luego otra: posiblemente pasaba por un entronque de rieles. Más tarde llegó a una estación. La puerta de hierro chirrió al abrirse de golpe, y el fuerte destello de los reflectores del andén iluminó todo el vagón. Sólo ahora Yue Zhifeng pudo ver claramente que la grabadora estaba sobre las rodillas de la mujer con el nene en los brazos. La gente empezó a bajar y subir. La grabadora dejó de tocar al recibir la orden de su dueña.

—Esta grabadora. . . , ¿de qué marca es?, —preguntó Yue Zhifeng.

—Sanyo. Aquí la gente la llama en broma “pequeña cabra”. —La mujer levantó la cabeza y dio una respuesta directa y franca. Su rostro —pensaba Yue Zhifeng— estaba sellado por experiencias de diversa índole, pero era todavía juvenil y agradable.

—¿La compraste en Beijing?, —preguntó otra vez Yue Zhifeng. No sabía por qué se interesaba tanto por la máquina. En realidad no era, de ninguna manera, un hombre locuaz.

—No, aquí mismo.

¿Aquí? No le quedó claro si este “aquí” se refería a la ciudad X o a cierto pueblo más pequeño hacia donde se dirigía el tren. Clavó la mirada en la marca Sanyo.

—¿Estás aprendiendo canciones extranjeras?, —volvió a preguntar Yue Zhifeng.

La mujer rió de manera un poco tímida.

—No, estoy aprendiendo lenguas extranjeras.

Su sonrisa era tan modesta como noble.

—¿Alemán?

—Sí. Pero todavía no lo manejo bien.

—¿Qué canciones son esas?, —preguntó un joven que estaba sentado junto a las piernas de Yue Zhifeng. Las sucesivas preguntas de éste habían atraído a más y más viajeros.

—Son. . . “Los pajaritos han regresado”, “Polka de mayo” y “La primera flor de tabaco”, —contestó la camarada.

—Himmel- Cielo, Vogel —Pájaro, Blume— Flor. . ., —dijo para sí en voz baja.

No pudieron continuar la conversación. El vagón se llenó nuevamente de gritos tales como: "¡No empujes!", "¡No se siente en esta caja!", "¡Cuidado con pisar al niño!" y "¡Ya no hay sitio acá!"

—¡Atención, todos! —Un hombre vestido de policía subió al vagón con un megáfono a transistores en la mano, e hizo un anuncio sin dejar de jadear al mismo tiempo— Hace unos momentos dos malhechores subieron al vagón anterior, y aprovechando el desorden cometieron robos y abusos. Hay muy pocos canallas de este tipo, esos especializados en robar en esta clase de vagones. Esos dos malvados ya están bajo arresto. Esperemos que cada viajero aumente la vigilancia, coopere ampliamente con nosotros y luche resueltamente contra los criminales transgresores. ¿Está claro para todos?

—¡Sí, está claro!, —contestaron a coro los viajeros, como alumnos de primaria.

Contento con la reacción de los viajeros, el policía bajó de un salto, y con el megáfono en la mano, se dirigió tal vez a otros vagones para hacer igual propaganda.

Yue Zhifeng se puso a registrar instintivamente sus dos maletas, y luego los cuatro bolsillos de su chaqueta y los tres de su pantalón. Todo se hallaba a salvo.

El tren se puso en marcha. Después de cierto tiempo de confusión cada uno encontró su sitio, cada uno se ocupó de lo suyo. Los conversadores parloteaban, los dormilones dormitaban, los golosos chasqueaban las semillas de melón, los fumadores saboreaban su tabaco. La "pequeña cabra" volvió a sonar. Las mismas canciones: "Los pajaritos han regresado", "Polka de mayo" y "La primera flor de tabaco". Ella sigue estudiando el alemán, sigue cantando en voz baja: "Himmel—Cielo, Vogel—Pájaro, Blume—Flor".

¿Quién es? ¿Es joven? ¿Es hijo suyo el niño que lleva en los brazos? ¿Dónde trabaja? ¿Se dedica a labores científicas y técnicas? ¿Es una nueva estudiante de la universidad nocturna? ¿Es una graduada de las "tres viejas generaciones"? ¿Por qué estudia con tanto afán el alemán? ¿Está tratando de recu-

perar el tiempo perdido? ¿No pierde ni un minuto? ¿Tendrá oportunidad de encontrarse con alemanes o de ir a Alemania, o ha estado ya en ese país? ¿Es de Beijing o es nativa de este distrito? ¿Viaja a menudo en tren? Tenía muchísimas preguntas que hacer.

—Escuchemos alguna pieza musical, ¿sí?, —dijo ella. Parecía que le estaba hablando. Efectivamente, después de concluir la tercera canción no regresó la cinta. A “La primera flor de tabaco” siguió un vals de Johann Strauss: “Voces de primavera”. Al compás de esta melodía, los furgones marchaban adelante, echando el humo hacia el cielo y bamboleándose ligeros, como en éxtasis. El tren llegó a la aldea natal de Yue Zhifeng. En las pequeñas estaciones sólo se detenía un minuto. Acababa de sonar el timbre para avisar la llegada a cierta estación, y no tardó en dejarse oír otra vez para anunciar la partida. Yue Zhifeng bajó del tren con sus dos maletas. No había andén en las pequeñas estaciones. Como estos vagones no tenían escalones, en cada uno de ellos había una escalera común y corriente de madera, disponible en el momento necesario. Yue Zhifeng lanzó un suspiro luego de bajar de esta rústica escalera de madera. Dijo adiós a la camarada, y ésta le correspondió. Yue Zhifeng sintió un poco de desgano. Apenas bajó del tren y sin haber salido de la estación en espera de que le checaran el boleto, cuando el tren empezó a moverse para seguir adelante. Miraba el exterior del tren, andrajoso y enmohecido, la pintura gastada en varias partes, dejando parches que a la luz de los faroles tenían un color entre blanco y jaspeado. Lo que no había notado sino hasta después de bajar del tren fue que la locomotora era hermosa, nueva, limpia y ligera, con motor diésel. La locomotora diésel era de un verde azulado. Seguro que no había tal locomotora en la época de Watt. Ahora la locomotora avanzaba tirando de una larga hilera de furgones. La luna apareció en el cielo. Los alrededores de la estación estaban cubiertos de una delgada capa de blanca nieve. El cielo y la nieve, unidos, reflejaban una luz azulina que se extendía en el horizonte. Se veían en el lejano panteón unos pinos negros, que al parecer habían ya dejado de crecer. Soplaban un poco el viento. Pisoteaba el desigual suelo de su pueblo natal. Volvió la

cabeza, deseando echar un vistazo más a aquellos vagones, despachados en servicio temporal, con los pajaritos, el mes de mayo, la flor de tabaco y la maravillosa voz de primavera de Strauss allí adentro. Parecía que nunca había escuchado antes canciones tan conmovedoras. Sentía ahora el augurio de un magnífico viraje en todos los rincones de la vida. Todo estaba lleno de interés, esperanza e inolvidables impresiones. La melodía de la primavera y la clave de la vida son sumamente valiosas.

Traducción del chino:

CHEN YAOZU